

RESEÑAS

La prohibición de mentir

*Evodio Escalante**

ME GUSTARÍA COMENZAR evocando unos versos de Quevedo en su *Heráclito cristiano*, que a la letra dicen:

La lengua se me pega a la garganta;
agua a mis ojos falta,
a mi voz bríos;
nada me desengaña;
el mundo me ha hechizado.

Entendimiento que al mencionar este nudo de trapo en la garganta, la sequedad en los ojos y la falta de energía en la voz, Quevedo no hace sino describir un estado de perniciosa melancolía que se traduce en mutismo, en una ausencia de palabras que hay que entender como el signo definitivo de la postración del sujeto. La paradoja es que para decir que se nos escapan las palabras, es necesario utilizar palabras. La definición griega del hombre, no como un *ser racional* -como se ha traducido- sino como un ser *dotado de palabra*, se impone en su sentido original.

Gracias a los diversos mundos que se abren con la palabra, me gustaría decir: el hombre se constituye a sí mismo como el más fenomenológico de los animales, si se entiende que lo fenomenológico es lo que pertenece a las exterioridades, a lo que está ahí, en el reino de la apariencia, en el sentido de "lo que aparece". Si aquello aparece por el lenguaje, entonces estamos autorizados a decir que los fenómenos de la verdad y la mentira son resultado de sus operaciones. Verdad y mentira nacen anudados, embrollados se

* Profesor-investigador, UAM-Iztapalapa.

podría decir: al mismo tiempo, son el resultado sincrónico, o casi sincrónico, del lenguaje. Surge la pregunta: ¿Qué fue primero, la verdad o la mentira? Dado que la mentira sólo puede definirse en relación con una verdad previa, de la que sería su negación, su distorsión o su perversión, algo me dice que la verdad tiene una suerte de prioridad, si no cronología, sí cuando menos desde una consideración formal.

El libro de Sergio Pérez Cortés, *La prohibición de mentir* (México, Siglo XXI Editores/UAM-Iztapalapa, 1998), pese al empaque de seriedad que le da el hecho de tratarse de un tabajo eminentemente académico, resultado de largas horas de lecturas y de rigurosa meditación en torno al tema que se propuso investigar, me parece un libro deliberadamente provocador. Encuentro, cuando menos, cuatro causas para ello. La primera corresponde a lo arriesgado de su abordaje. De modo conciente, Sergio Pérez se propuso combinar unos presupuestos de tipo filosófico que expone de modo conciso, pero siempre con claridad, con una investigación que él llama etnográfica, es decir, una historia de usos y costumbres. La voluntad de saber que se expulsa en este libro es la de un filósofo que ya leyó a Michel Foucault, pero que no por eso olvida a Descartes y a San Agustín. Están aquí el concepto y las instituciones que se le corresponden, la mentira y los apartados que la reconocen y, en dado caso, la castigan en la figura del mentiroso. Se trata, sin duda, de una historia heterogénea que de algún modo me recuerda o me evoca, pese a que no se le menciona nunca en el texto, al Nietzsche de la *Genealogía de la moral*, con su descripción de los tormentos infligidos en la plaza pública y con el coro indispensable de los espectadores —verdadero motivo de la esconografía—, en quienes habrá de quedar grabada la huella indeleble del escarnecimiento, esto es la primera huella de una moral comunitaria. *La prohibición de mentir*, según oportuna declaración del autor, es "una entidad heterogénea". Resta sólo tomarle la palabra. La segunda provocación tiene que ver con la estrategia de la exposición. Sergio Pérez se ha ahorrado lo que para mí sería la primera instancia de su alegato y que tendría que ser, según lo imaginario yo, una consideración acerca del lenguaje entendido como aquella instancia fenoménica que hace posible la aparición de unas entidades o pseudoentidades llamadas verdad y mentira y, enseguida, una exposición positiva acerca de la obligación muy específica de decir la verdad, de declararse con la verdad. La mentira en este sentido me parece subsidiaria de la verdad, como me lo parece, consecuencia lógica, *la prohibición de mentir*.

La tercera provocación tiene que ver con el énfasis deliberadamente moral del abordaje que nos propone Sergio Pérez. En una época como la nuestra -iba a decir posmoderna, pero no sé si todos estaremos de acuerdo en el significado de la palabra- su gesto tiene un toque fundamentalista que al principio cuesta trabajo entender. Sin preámbulos, de modo acaso excesivamente categórico, *La prohibición de mentirse* abre con declaraciones de este talante:

Mentir es una gran falta de moral. Qué duda cabe. Tal vez no *exista ninguna* convicción moral más compartida. La mentira ha sido cubierta siempre de oprobio e indignación monstruosa, vil, horrenda, roñosa, maligna, cuatrera. Así se explica que haya encontrado tan pocos apologistas y defensores directos.

La única manera que tengo de ubicar este arranque tan marcado por la condena, es recordar los párrafos iniciales de un libro de Foucault, *vigilar y castigar*. Perdón si mi evocación no es exacta, pero lo que yo recuerdo es que el libro se abre con la descripción de un suplicio, un descuartizamiento por medio de caballos. Se diría que Foucault inicia su libro con un recurso escenográfico, puesto ahí para impresionar al lector. Y que lo consigue. Una vez que el lector tiene los pelos de punta, Foucault inicia su disertación. Hago notar que Foucault logra esta escenografía utilizando un documento ajeno, que él recorta y pone ahí, como la palabra de un testigo que quedó atrapada en un viejo papel de la época. La provocación consiste en que, en este caso, Sergio Pérez no transcribe un documento ajeno, elaborado por algún anónimo amanuense durante un juicio de la inquisición, por decir, sino que es su propia voz en su doble papel de filósofo e historiador la que declara y hace suyo, por consiguiente, el escándalo moral de la mentira o, mejor dicho, el estatuto escandaloso de la mentira.

Este énfasis en la mentira, como una falta de moral, resulta, por supuesto, discutible en tanto que implica un punto de vista excluyente que autoriza o, mejor dicho, impone una lectura monológica de la misma. Con esto quiero decir que la mentira, como tema de estudio, podría abrirse a modo de un abanico polifónico, y analizarse desde puntos de vista muy diferentes, no necesariamente conciliables entre sí. La mentira podrá así ser abordada como un fenómeno cognoscitivo, pragmático, retórico, psicológico, habitual, e incluso como una dimensión hasta cierto punto inevitable ahí donde el hombre hace un uso aproximativo del lenguaje. Enfatizar el aspecto

moral de la mentira es un modo unilateral de considerar el asunto, que no deja de provocar equívocos en un libro que se sabe inspirado, cuando menos en parte, en los trabajos de Michel Foucault. Aunque sigo pensando que este equívoco es deliberado y que funciona, como ya dije, a manera de una provocación adoptada conscientemente por el autor; me inquietan algunas ausencias en el libro que considero pueden ser significativas. Me inquieta, por ejemplo, que se cite en varias ocasiones a Jankelevich pero no a Kierkegaard. Que aparezca Eliot, pero no Nietzsche ni Dostoyevski, quien señaló que cuando el niño decía su primera mentira, en ese momento conquistaba su autonomía como individuo, pues dejaba con ello de ser transparente para los demás. La mentira, en este caso, es vista como una conquista psicológica positiva. Como un signo de crecimiento espiritual. Todavía más notable, me parece, es la ausencia de Nietzsche, sobre todo cuando él es el autor de un texto que, según afirma Stanford Schwartz en su libro *The Malrix of Modernism. Pound, Eliot & Early 20 " Century Thought*, se ha convertido en algo así como el manifiesto de todo post-estructuralismo. Me refiero al famoso abordaje titulado "Acerca de la verdad y la mentira en sentido extramoral", texto donde las diferencias entre verdad y mentira, entre la verdad y la ficción se deconstruyen a favor de un movimiento incesante de un lenguaje que no deja de producir metáforas. Como su título lo indica, aquí se observa el asunto desde un ángulo extramoral, el ángulo de un filólogo desidente que sabe bien que en todo momento está tratando con metáforas.

La cuarta provocación puede explicar -y al mismo tiempo no- las ausencias a las que me he referido. En la introducción de su libro, Sergio Pérez declara, para evitar cualquier equívoco: "El trabajo que está en sus manos ofrece una historia de la prohibición de mentir, desde San Agustín hasta Kant". Obsérvese que en estricta congruencia con su método pudo muy bien haber dicho: desde la época de la confesión privada o individual hasta la aparición de los periódicos. De lo que se trata es de señalar un arco contemporáneo; establecer los límites dentro de los cuales se moverá la investigación. San Agustín y Kant se convierten en emblemas de las prácticas y las instituciones de su época respectiva. Si la investigación concluye con la época de Kant, empero, surge la pregunta: ¿por qué aparecen citados entonces pensadores del siglo XX como Sartre, Hanna Arendt y Habermas? ¿Y si ellos están por qué no Nietzsche, Dostoyevski y Kierkegaard? La cuarta provocación, hasta donde alcanzo a ver, tiene una motivación política. El libro promete que se detendrá en Kant, en la época de la Ilustración,

aquella que predica la autonomía de la libertad. La compulsión política, la necesidad de intervenir en un debate contemporáneo, obliga al autor a olvidarse de los límites que él mismo se había impuesto. La apretada frase inicial del libro: "Mentir es una falta moral. Que duda cabe", tenía que relajarse en algún momento de la exposición. Así sucede cuando se nos dice, en la sección final:

Pero no es ésta la percepción actual de la prohibición de mentir en la ética contemporánea, quien tiende a creer que esa preocupación exclusiva en el cumplimiento del deber es indicativa de egoísmo y legalismo. No es por supuesto que la ética ignore la necesidad de una prohibición, pero considera que los deberes hacia los demás se han vuelto más complejos y, por lo tanto, que el agente sólo es enteramente moral si presta atención a otros miembros de la comunidad y a la comunidad misma.

El salto consiste aquí en trasladarse de una consideración individualista, centrada en el yo, a una concepción social, centrada en el bien común o en la llamada cosa pública.

Sostiene Sergio Pérez: "En breve en nuestra opinión el sujeto moral también calcula", y un poco más adelante: "Nuestras sociedades están profundamente convencidas de que la política es el reino de la inmoralidad necesaria". Esta inmoralidad necesaria, empero, no excluye la búsqueda contemporánea de la transparencia. Así, sostiene el autor: "Es interesante observar el reconocimiento creciente de la necesidad de hacer todo público, en donde quiera que prevalecen las instituciones democráticas".

La política nos engaña, pero no queremos ser engañados. De aquí esta búsqueda de la transparencia que se haría sentir cada vez más en las sociedades contemporáneas. Pareciera, pues, que la inclinación a la verdad se hace cada vez más presente.

Quisiera concluir con unos renglones de San Agustín en el libro X de las *Confesiones que* acaso anticipan, de modo nebuloso, el imperativo categórico Kantiano: "He conocido muchas gentes que querrán engañar, pero a nadie que quisiere ser engañado". De esta sencilla pero a la vez fundamental observación, concluye el obispo de Hipona: "Aman también ellos la verdad, ya que no quieren ser engañados".